B. Martín Sánchez

¿POR QUE NO PENSAR EN EL MAS ALLA?

¿Serán pocos los que se salven?

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: M. 15.579-2010
ISBN: 978-84-7656-015-0
Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)
Impreso en España / Printed in Spain

PRESENTACION

Amigos lectores:

Presiento a mi edad (paso ya de los 80 años) que mi peregrinación por esta vida va llegando poco a poco a su término, y como no se acaba todo con la muerte, me muevo a comunicaros mis pensamientos y haceros reflexionar a todos a fin de que viváis más felizmente teniendo la mirada fija en el más allá —que se avecina— por ser de suma transcendencia, y esto quiero hacéroslo ver a la luz de la Biblia que es la palabra de Dios. En ella El nos habla a todos.

Viviríamos como ciegos si pusiésemos nuestras ilusiones y esperanzas solamente en la vida presente, porque el apóstol San Pablo nos dice: «El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente» (1 Cor. 7, 29 y 31).

Por haber vivido yo en mis años pasados pensando más en las cosas de los estrechos límites del tiempo que en la vida futura al reconocer ahora tanta vanidad y ver que esta vida por larga que aparezca se va acabando, quisiera que estos pensamientos os enseñaran a vivir más rectamente.

No ha muchos años, con motivo de un accidente, que tuve, en el que me partieron un brazo y tuvieron que darme diez puntos en la cabeza, por verme entonces cerca de la muerte, escribí (con el brazo que no tenía escayolado) otro libro con el título «Vamos de camino», y ahora me muevo a repetir brevemente algunos de aquellos

conceptos y completarlos valorando la vida presente a la luz del tiempo y de la eternidad, y esto me obliga a hacer las siguientes preguntas y responder a ellas:

¿Existe la vida futura? ¿Se salvarán todos los hombres o serán pocos los que se salven? Aunque sean muchos y graves nuestros pecados, ¿nos los perdonará el Señor? ¿Podremos dudar de nuestra salvación ante la infinita misericordia de Dios?

Todos aspiramos a la felicidad; pero ¿queremos de verdad ser felices? No tendríamos porque dudarlo si viviésemos con la esperanza de una vida mejor, la que Dios tiene prometida a los que le sirven y le aman en la presente y si pusiésemos los medios que El nos pide para lograrla.

Como veremos en este pequeño trabajo, muy grande es la misericordia de Dios, pero reconoceremos con San Agustín que «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti».

Zamora, 1 de enero 1986.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

HACIA EL MAS ALLA

Valora la vida presente

Empecemos por reflexionar sobre este dicho de San Pablo: «*El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente*» (1 Cor. 7, 29 y 31).

«Hoy es el hombre y mañana no parece», dice Kempis. Piensa que entramos en la vida presente con la ley de abandonarla. Venimos a representar un papel más o menos corto en la escena de este mundo... y después hemos de desaparecer. Tenemos, por tanto, que abandonar los bienes que poseemos... y dejar a otros la casa donde habitamos.

¡Qué pronto pasan las glorias del mundo! Veo con frecuencia a algunos que mueren y pasan delante de mí; mas otros pronto me verán pasar...

La vida presente sólo la podremos valorar a la luz de la eternidad. Esta vida por larga que la creamos son unos 80 años. El salmista lo dice así: «*Los días de nuestra vida son 70 años y 80 en los más robustos; pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante y volamos...*» (Sal. 90, 10). Lo que pasa de 80 años no son más que achaques y dolores, y ¡cuántos no llegan a ellos!... y ¿qué son 80 o 100 años relacionados con la eternidad?

También el Sabio expresa así este pensamiento: «*El número de los días del hombre, a más tirar, son cien años, y, comparados con la eterni-*

dad, son menos que una gota de agua comparada con todo el mar» (Eclo. 18, 8).

El que la vida del hombre se venga a reducir a unos 80 años es una expresión justificada en la Sagrada Escritura. El santo rey Ezequías contaba 39 años, cuando avisado por un profeta que se dispusiese a morir, se dirigió afligidísimo a Dios diciéndole por qué *le quitaba la vida en la mitad de ella* (Is. 38, 10) y el rey David oraba así: «*Concédeme, Señor, que yo no muera en la mitad de mis años*» (Sal. 102, 25).

Dios en su bondad *nos ha creado para la inmortalidad*, según las palabras del libro sagrado de la Sabiduría (2, 23), y el Predicador del Antiguo Testamento señala con frase lapidaria el punto de destino de todos nosotros: «*El hombre irá a la casa de su eternidad*» (Ecl. 12, 5).

San Ambrosio dice: «Dormís y vuestro tiempo se marcha y se va», y ¿a dónde os lleva? A la eternidad.

¿Qué es la eternidad?

La eternidad es una duración interminable. «Es una duración sin principio, sin fin y sin sucesión o movimiento» (S. Anselmo). El tiempo se compone de horas, de días, de años y de siglos. La eternidad abarca todos los siglos, es decir, es ausencia de años, es lo interminable. ¡Oh, eternidad!, ¡qué larga eres, pues aunque se pasen cientos y miles de años, nunca tienes término!

Sólo Dios es esencialmente eterno, porque siempre ha existido, existe y existirá. El no tiene principio ni fin. El salmista nos lo dice así: «*An-*

tes de que los montes fueran y se formara la tierra y el orbe, eres Tú desde la eternidad a la eternidad» (Sal. 90, 1-2).

«¡Oh Dios, desde el principio fundaste Tú la tierra y obra de sus manos es el cielo; pero éstos pasarán y Tú permanecerás; todo en ellos se envejece como una vestidura; Tú los mudarás como quien cambia un vestido, y quedarán cambiados. Mas Tú eres siempre el mismo, y tus años no tienen fin» (Sal. 102, 26-28).

La eternidad es atributo exclusivo de Dios. Hay que distinguirla de la *eviternidad*, propia de los ángeles y de las almas racionales, que tuvieron principio, pero no tendrán fin.

¡Piensa en la eternidad! Todos estamos de paso y muy pronto entraremos y caeremos en ella como en un abismo sin fondo y sin orillas, en una duración sin fin. ¡Para siempre!

Jacinta, una de las videntes de Fátima, ya enferma de muerte, exclamó: «¡Oh, si los hombres supieran lo que es la eternidad!».

San Pablo nos exhorta a elevar nuestra consideración y nuestras aspiraciones de lo pasajero a lo eterno porque *«las cosas que se ven son transitorias; mas las que no se ven son eternas»* (2 Cor. 4, 18).

«Cuando los hombres virtuosos arden en deseos de eternidad, se elevan a tan gran altura de vida, que es para ellos un peso insoportable hasta el oír hablar del mundo, pues miran como intolerable todo lo que es extraño a lo que aman... y cuando aman las cosas eternas más las comprenden» (S. Greg. Magno).

«Entre todas las cosas del hombre, sólo son grandes aquellas que han de durar eternamente» (Gar-Mar).

Lo de esta vida: negocios, riquezas, honores, placeres... todo pasa rápidamente. ¿Por qué no pensar seriamente que todo esto lo tenemos que dejar aquí un día no muy lejano? ¿Qué se gana con poseer lo que no podemos llevar con nosotros? ¿Por qué no vivir contentos teniendo con que comer y vestir?

Muchos teniendo riquezas sobrantes andan tristes en este mundo, y es porque ponen su felicidad en los bienes de la tierra que han de dejar a otros y en ellos no la pueden hallar porque no llenan el corazón del hombre y mas al ver que no pueden llevar consigo lo que les costó tantos sudores. Por eso el apóstol dice: «*Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él*» (1 Tim. 6, 7).

No hay duda que si pensáramos en la eternidad, en ese «¡para siempre!», viviríamos desprendidos de todo lo de la tierra. ¡Cuántos por no pensar en lo eterno, trabajan «*se agitan y amontonan sin saber para quién*» (Sal. 39, 7).

El avaro «dejará sus riquezas a extraños, y no le quedará más que el *sepulcro*» (Sal. 49, 11). (Ver «*Vamos de camino*».)

Todos debiéramos valorar las cosas de este mundo al igual que San Luis Gonzaga a la luz de la eternidad, pues así solía decir: «¿Qué es esto, o qué vale con relación a la eternidad?».

Estamos a la puerta de la eternidad y no pensamos que podemos entrar en ella, ya desde la

niñez, cuando menos lo pensemos... *«Si supiera el padre de familia en que hora había de venir el ladrón estaría ciertamente alerta»*, pues, ¡cual ladrón nos sorprenderá la hora de entrar en la eternidad!

¡Qué poco pensamos que podemos entrar en la eternidad cada momento y ¡para siempre! ¿Cuál será mi eternidad? La eternidad es doble: una feliz, la del premio, y otra desventurada, la del castigo. ¿Cuál de estas dos escogeremos? De cada uno de nosotros depende la elección. El Señor nos dice: *Estad preparados...*

De la vida presente a la futura

«Estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Greg. Magno). Tenemos que saber caminar por esta vida para llegar a la otra definitiva y eterna, pues *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Hem. 13, 14).

Durante el caminar de esta vida no debemos llevar mucho peso, sino lo estrictamente necesario como el que va peregrinando...

Jesucristo nos dice: *«Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho no está la vida —la felicidad— en la hacienda»* (Lc. 12, 20).

La Escritura Santa nos enseña que la vida presente no es término de nuestros deseos, ni centro de nuestra felicidad, sino que es un lugar de preparación para la eterna, para una vida futura y mejor. ¿Por qué nos apegaremos tanto a lo que presto hemos de dejar?

«El hombre no sabe cuanto tiempo le resta; y no piensa que se acerca la muerte y que todo lo dejará a otro y morirá» (Eclo. 11, 20).

Seamos consecuentes: «Hay otra vida. Preparaos para ella, despreciando lo presente. Si tenéis bienes terrenos, haced con ellos el bien; si no tenéis, no os dejéis arrastrar por la codicia, ni murmuréis contra Dios».

Desprende tu corazón de las cosas terrenas..., de esa dignidad..., de aquellas riquezas que guardas..., de aquella amistad no tan buena..., de todo lo que te aparta de Dios, que es tu último fin, y entonces serás feliz.

El ave atada, aunque nada más sea por un hilito, no puede volar a lo alto. Algunos se ven como dudosos y dicen: Pero

¿Existe la vida futura?

Los antiguos paganos, a pesar de su corrupción vivían con la creencia de que había algo más allá de la muerte. Un gran poeta latino escribió: *Non omnis moriar,* no moriré del todo. Pero los neopaganos del siglo XX, los que se denominan marxistas o materialistas niegan toda supervivencia del más allá. De ahí la lucha intestina y cruel por lograr una felicidad terrenal a base de dinero, de honores y placeres. ¿No es una locura vivir en el tiempo y para el tiempo solamente? ¿Quién no ve que la humanidad de hoy es al fin de cuentas una humanidad desesperada, porque no sabe qué sentido darle a la vida, al sufrimiento y a la muerte? (Ver *«La buena noticia».*)

¿Podrá alguno en su sano juicio pensar que llegará a ser feliz aquí en la tierra ante la perspectiva de la muerte que se le avecina? Ya San Pablo dijo que si nuestra esperanza se limitase solamente a esta vida, seríamos los más miserables de todos los hombres (1 Cor. 15, 19).

Habiendo creado Dios al hombre para la inmortalidad (Sab. 2, 23), son locos los que no piensan en el más allá de la muerte, pues todos los negocios temporales sin miras a lo eterno carecen de sentido, y esto es lo que vino a decir *Bukarin*, el gran doctor del bolchevismo y autor del «*ABC del comunismo*» a un amigo expulsado de Rusia por sus ideas antimarxistas, pues él desesperado le dijo: «Diles allá a los de Europa, que se den prisa para encontrarnos la inmortalidad, pues si hemos de morir un día, todo lo que hacemos carece de sentido». (Ved «*EL GRAN VIAJE. ¿Existe el infierno?*».)

Jesucristo es el que orientó la vida de los hombres hacia la eternidad futura. Desde el punto de vista del Evangelio la vida temporal debe ser una rigurosa preparación para la vida eterna en Dios.

Jesucristo inculca a todos estas virtudes: abnegación, penitencia, pureza, vida de oración y de sufrimientos en orden a la vida eterna del cielo, y así después de decir: «Bienaventurados los pobres, los que sufren, etc., añade: «*Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en el cielo*» (Mt. 5, 12).

El mismo Jesucristo quiere que salgamos del pecado y nos pongamos en el camino de la salvación o vida eterna, y nos habla claramente de

la vida futura al decirnos que hay cielo e infierno: «*Irán éstos (los impíos) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna*» (Mt. 25, 41 ss).

La Escritura Santa nos dice que después de la muerte hay un juicio: «*Está decretado que los hombres mueran una vez, y después de esto el juicio* (Heb. 9, 27), pues «*todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba su merecido según lo que hubiere hecho por el cuerpo, bueno o malo*» (2 Cor. 5, 10).

San Pablo nos dice: «*Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre*» (2 Cor. 5, 1).

«*Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor*» (Sab. 5, 16).

Todo lo dicho es un aviso a los hombres de nuestro tiempo, que se esfuerzan por construir un «paraíso terrenal» despreciando el cielo futuro. «Es un llamamiento a la conciencia de los cristianos modernos, que, inmersos en el mundo ateo y contagiados de su *temporalismo* aberrante, se olvidan que su destino definitivo es la vida eterna».

Todos nuestros negocios, diversiones y proyectos deben tener como meta final la salvación eterna del hombre.

¿Serán pocos los que se salven?

Esta pregunta se la hizo un día uno a Jesucristo, y El se limitó a decir: *Esforzaos a entrar por la puerta estrecha*... Según los Evangelios

(Mt. 7, 13; Lc. 13, 24) da a entender que son más los que se condenan porque son más los que van por el camino ancho de la perdición.

Aunque Nuestro Señor Jesucristo no intenta determinar el número de los «elegidos», es necesario reconocer que nos pide esfuerzo en andar por el camino que nos lleva a Dios, y éste es estrecho: el de los vencimientos o de la cruz, el de las bienaventuranzas y el de sus mandamientos.

Dos son los caminos que conducen a la eternidad y dos son las puertas para entrar en ella: El *camino espacioso* de las satisfacciones contrarias a la ley de Dios, y la *puerta ancha* es camino de perdición que lleva a la eternidad infeliz.

La *puerta estrecha* y el *camino estrecho* de la mortificación llevan a la eternidad gozosa. ¿Acaso no siguen *los más* el camino ancho y *pocos* el estrecho? Deben hacernos pensar las palabras de Jesús. Repitámoslas según están en su Evangelio:

«*Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!*» (Mt. 7, 13-14).

Sobre esta cuestión nos habla el libro IV de Esdras

Aunque los libros III y IV de Esdras no hayan sido declarados «canónicos» por la Iglesia, sí tenemos que saber que han sido tenidos en ella en gran estima y autoridad por haberse valido de

ellos algunos Santos Padres en sus escritos, y también la misma Iglesia ha usado varias cláusulas del libro IV en la solemnidad de los divinos oficios.

Pues bien, en este libro IV se nos dice que son muchos más en número los que perecen para siempre, que los que habían de salvarse.

Dijo el Señor a Esdras: Si quieres conocer cómo ha dispuesto el Altísimo la vida presente para muchos y para pocos la venidera, repara en el globo de la tierra y verás que siendo inmensas las porciones que da para que de su barro se formen muchas vasijas o manufacturas, es muy escasa la porción que presta para la formación del oro en sus ocultas minas, es decir, así como hay mucho más barro para hacer vasijas, pero poco polvo para encontrar oro, así son los muchos de este siglo. Muchos son, ciertamente, los creados, más pocos los que se salvan (4 Esd. 8, 2).

Y luego añade en el cap. 9, 15-16: «Antes hablé, y ahora digo, y lo diré nuevamente que, son más los que perecen que los que se salvan, como superan las olas del mar a una sola gota de agua».

De la Carta 1.ª de San Pablo a los Corintos (Cap. 10)

También San Pablo nos hace pensar sobre el corto número de los que se han de salvar, al decirnos que lo que sucedió a los israelitas *es figura* o ejemplo de lo que puede suceder al pueblo cristiano, si éste se aparta de los sacramentos e imita a Israel en sus pecados.

Los israelitas fueron bautizados en la nube y

en el mar y alimentados con un manjar espiritual (vv. 1-4); también nosotros recibimos las aguas del bautismo y el Pan del cielo en la Eucaristía; pero así como ellos a pesar de tantos beneficios, idolatraron, fornicaron, tentaron a Dios y murmuraron de sus designios, y por tantos pecados murieron en el desierto y de los seiscientos mil hombres que salieron de Egipto sólo lograron entrar en la tierra de Promisión Josué y Caleb (y los hijos de los rebeldes a la voz de Dios, que habían muerto en el desierto...); en esta proporción puede suceder que mueran los cristianos en la peregrinación de esta vida sin lograr entrar en el cielo.

De hecho, si nos fijamos en el panorama actual del mundo, ¿cuántos son los cumplidores de la Ley de Dios? ¿Cuántos son los que viven en gracia y frecuentan los sacramentos, los grandes medios de salvación? ¿Acaso no es exiguo este número en relación con los blasfemos, los criminales, ladrones, impuros y los que no dan culto a Dios en los días festivos?

Si Jesucristo dice: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*», ¿no son inmensamente más los que los quebrantan?...

Algunos podrán decir: ¿Cómo es posible que sean más los que se condenen que los que se salven, si la Escritura Santa dice que Dios ama grandemente a los pecadores y quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad? ¿Acaso no es El un Dios infinitamente misericordioso? Contestaremos a estas preguntas.

¿Ama Dios a los hombres?

Siendo Dios eternamente feliz, no necesitaba de nada, y si creó el mundo, no fue para aumentar su felicidad o acrecentar sus perfecciones, sino para hacernos a nosotros felices (C. Vat. I). Ahora vemos que de hecho existimos, y por tanto, ¿a quién debo yo el ser, la vida, la inteligencia, la salud, sino a Dios? *El nos hizo y somos suyos* (Sal. 100, 3).

La razón de nuestra existencia es el amor de Dios, «Nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama (S. Agustín).

— *El amor de Dios en el Antiguo Testamento.* Dios nos va revelando su amor: «*Así dice Yahvé: Yo hice la tierra y creé sobre ella al hombre...* (Is. 45, 12). «*Con amor eterno te amé*, por eso te he atraído a Mí lleno de misericordia... Hay aún esperanza para tu porvenir, oráculo del Señor... Oigo a Efraín lamentarse: «Tú me has castigado... Conviérteme y yo me convertiré, pues Tú eres Yahvé, mi Dios, porque después de mi defección, me he arrepentido... Todos me conocerán desde los pequeños a los grandes, oráculo del Señor, porque les perdonaré sus maldades, y no me acordaré más de sus pecados» (Jer. 31, 3, 18, 34).

«*Volveos a Mí y seréis salvos confines de la tierra porque Yo soy Dios y no hay otro*» (Is. 45, 22), y porque Dios quiere que no vayamos por la senda del pecado para no tener que castigarnos, nos sigue invitando por sus profetas a cada paso

a la conversión y a la observancia de los mandamientos.

— *Convertíos a Mí y Yo me volveré a vosotros, dice el Señor»* (Zac. 1, 3).

— *«Convertíos al Señor, Dios vuestro, porque El es benigno y misericordioso»* (Joel 2, 13).

— *«El perdonará a los que se arrepienten... Conviértete al Señor y apártate de la iniquidad»* (Eclo. 17, 20 s.).

— *Convertíos, pecadores, y practicar la justicia delante de El... y tendrá misericordia de vosotros»* (Tob. 13, 8).

— *¿Puede acaso una mujer olvidar a su pequeñuelo, de suerte que no, se apiade del hijo de sus entrañas? Aunque ésta se olvidase Yo no me olvidaría de ti»* (Is. 49, 14-15). Dejando otros muchos textos del A. T. pasemos al Nuevo.

— *El amor de Dios en el Nuevo Testamento.* En el N. T. aparece así una definición de Dios: *«Dios es amor»* (1 Jn. 4, 8 y 16). El amor de Dios se nos descubre especialmente por la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso San Alfonso María de Ligorio dice:

«Antes de la Encarnación del Verbo, podía el hombre dudar si Dios le amaba con ternura; pero después que lo ha visto sufrir v morir por nosotros, ya no podemos dudar de la grandeza de su amor.»

¡Qué elocuentemente nos hablan los siguientes textos del grande amor que Dios nos tiene!

— El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que nosotros vivamos por El. En eso

está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn. 4, 9-10).

— «*Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El*» (Jn. 3, 16-17).

— «*Dios probó su amor hacia nosotros en que siendo pecadores murió Cristo por nosotros..., siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo*» (Rom. 5, 8-10).

— «*Cristo murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó*» (2 Cor. 5, 15).

— «*Dios que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo*» (Ef. 2, 4).

— «*Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos*» (Jn. 15, 13).

— «*Habiendo Jesús amado a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin*» (instituyendo la Eucaristía) (Jn. 13, 1).

— «*Me amó y se entregó a la muerte por mí*» (Gál. 2, 20).

— «*Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor...*» (1 Jn. 4, 16).

Al ver revelado en la Biblia el gran amor que Dios nos tiene, preguntemos de nuevo: ¿Por qué

nos ha creado Dios y nos ha dado la existencia con preferencia a millones de seres que no existen? ¿Por qué después de haber pecado se hizo hombre para poder sufrir por nosotros y redimirnos? ¿Por qué instituyó la Iglesia... y se quedó en el Sagrario?... La respuesta siempre será la misma: Porque nos amó. Pasemos ahora a hablar de su misericordia.

La misericordia de Dios

La misericordia de Dios es una consecuencia del gran amor que El nos tiene. Aparte de los textos ya citados tenemos capítulos admirables tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento en los que resplandece su misericordia y donde vemos su insistencia en no querer castigar a los pecadores.

He aquí un texto muy elocuente del profeta *Ezequiel:* «Yo juro, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos... Si el impío se convirtiese de sus pecados, no haciendo iniquidad, y siguiere los mandamientos de vida, ciertamente vivirá y no morirá. Ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él» (33, 11 s.).

También el salmista nos ensalza la misericordia de Dios diciendo:

«Es bondadoso Yahvé para con todos y su misericordia está sobre todas sus obras» .(Sal. 145, 9).

Misericordioso y benigno es Yahvé, tardo

en airarse y lleno de clemencia. No está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre.

No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestra iniquidad. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos, tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen.

Cuanto dista el Oriente de Occidente, tanto aleja de nosotros nuestros pecados. Como un padre que se apiada de sus hijos, así Yahvé se compadece de los que le temen. Porque Él sabe de qué estamos formados. Él recuerda que somos polvo.

«La misericordia del Señor es eterna para los que le temen». (Sal. 103, 8ss).

«Todas las sendas de Yahvé son misericordia y verdad para los que guardan sus mandamientos». (Sal. 25, 10).

Y el profeta *Isaías* nos dice: *«Os está esperando Yahvé para haceros gracia... para tener misericordia de vosotros».* (Is. 30, 18). *«Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve».* (Is. 1, 18).

—*La historia de Jonás* es también un precioso ejemplo de la misericordia de Dios. Jonás no quiere ir a Nínive, porque sabe que Dios amenaza y no castiga, porque es un Dios clemente y misericordioso, tardo a la ira y de gran piedad que se arrepiente de hacer el mal (4, 2).

—*El diálogo de Abraham con el Señor* es una prueba en la que se refleja la gran misericordia divina. Cuando Dios piensa destruir las ciudades

de Sodoma y de Gomorra, cuyos enormes pecados clamaban venganza al cielo, Abraham (porque amaba sus semejantes, a pesar de ser tan culpables) se interpone y le dice:

«Por ventura vas a destruir al justo con el impío? Quizá haya cincuenta justos en aquella ciudad. ¿Acaso destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta justos, que se hallarán en él? ¡Lejos de Ti, obrar de esta manera, que hagas morir al justo con el impío y que aquél sea tratado como éste! ¡Lejos de Ti! ¿Acaso el Juez de toda la tierra no ha de hacer justicia? Y díjole al Señor: Si hallare en la ciudad de Sodoma cincuenta justos, perdonaré a todo el lugar por amor a ellos.

E insistió Abraham diciendo: Excusad el atrevimiento de hablar al Señor, yo polvo y ceniza... *Y si sólo se encontraran cuarenta y cinco justos... y si hubiera 40... 30... y si se encontraran allí solamente diez?* (Gén. 18).

El Señor le contestó que perdonaría a estas ciudades por un corto número de justos, pero no había ni diez. Mucho replicó Abraham en favor de aquellos sabitantes, pero por no haber diez almas que orasen, perecieron aquellas ciudades. ¡Cuánto vale la oración de las almas justas!

«¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad para los que vuelven a Él!» (Eclo. 17, 28).

Textos del N. T. sobre la misericordia de Dios

«Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos

por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo..., nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, a fin de mostrar en los siglos venideros la excelsa riqueza de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús». (Ef. 2, 4-6).

«Por su misericordia nos salvó» (Tito 3, 5).

Resumamos: Jesús en la tierra es la misericordia personificada, y así aparece en el Evangelio y la ponen de manifiesto sus palabras, su conducta, *Sus palabras: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores...»*. (Lc. 5, 32), y contra los que pedían venganza, les dijo: «No sabéis a qué espíritu pertenecéis...».

Su conducta: perdonando a la Magdalena..., a la dúltera..., a la samaritana....

Su predicación: Bienaventurados los pobres, los que lloran, los misericordiosos... Venid a mí todos...

Sus ejemplos: La oveja extraviada, llevándola sobre los hombros... El hijo pródigo que se aleja de la casa paterna y malgasta, viviendo mal, toda su hacienda..., aún lo abraza...; Pedro lo niega... y le ama, perdonándolo. A Judas, el traidor, aún le dirige palabras que le den motivo al arrepentimiento: *Amigo ¿a qué has venido...?*, como diciéndole: Aún tienes tiempo de arrepentirte sinceramente para obtener mi perdón, etc...

Ante tantos ejemplos, ¿quién podrá dudar de la misericordia de Dios, de esa misericordia que *«tiene piedad de todos y disimula sus pecados por esperarlos a penitencia»?* (Sab. 11, 24).

Ahora, antes de responder a esta pregunta (que surge como conclusión de lo dicho): Si al-

guno se condena, ¿quién es el culpable, Dios o el hombre?, expondré brevemente los efectos de la misericordia divina.

Efectos de la bondad divina

La bondad de Dios produce siempre dos efectos diferentes en los pecadores. Ella desalienta y desanima a los unos, porque han abusado demasiado de esta misericordia de Dios, y a otros enardece y da ánimos a seguir pecando por reconocer que Dios es muy misericordioso, y no les herirá jamás. Los primeros son los desesperados, y los segundos, los presuntuosos.

A los desesperados es necesario que mediten sobre la promesa jurada del Señor, es decir, sobre las palabras del profeta Ezequiel: «*Por mi vida, dice el Señor..., convertíos de vuestros caminos de iniquidad... La impiedad del impío no le dañará, y si se convirtiese sinceramente, sus pecados no les serán tenidos en cuenta*». Además el cielo está poblado de penitentes: David, la Magdaelna, el buen ladrón, San Agustín, Margarita de Cortona, etc. «Al corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia». (Sal. 51). Él ama al pecador arrepentido.

A los presuntuosos, a los que el recuerdo de la gran misericordia divina parece confirmarlos en el mal. A estos hay que decirles que teman precisamente porque Dios es bueno. La Escritura Santa dice: «*No digas: Grande es su misericordia. Él perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y*

su furor caerá sobre los pecadores. No difieras convertirte al Señor, y no lo dejes de un día para otro». (Eclo. 5, 6-8).

La bondad de Dios *llora*. Un día Jesús viendo a la ciudad de Jerusalén que no quería reconocerle y seguía sin convertirse, derramó lágrimas, y dijo: «Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina cobija a sus polluelos bajo sus alas..., *y tú no quisiste!*»... El espero a que se arrepintiese y por no hacerlo, la castigó.

La bondad de Dios es *paciente: «Os está esperando Yahvé para tener misericordia de vosotros»* (Is. 30, 18). Él espera al pecador por ver si hace penitencia. Recordemos el ejemplo de la higuera infructuosa, figura de nuestra alma. El dueño de la viña pensó hallar en ella el debido fruto, buenas obras..., esperó un año más, pero la halló llena de hojas sin fruto... y a los tres años se dijo: ¿Para qué ocupar terreno en valde? *Arráncala...* Dios es misericordioso, pero también es justo.

Y al fin la bondad de Dios *hiere: «Pues os he llamado, y habéis rehusado; tendí mis brazos... y desechasteis todos mis consejos... También Yo me reiré de vuestra ruina»*. (Prov. 1, 24-26), *«porque cuando os llamaba no me respondisteis, y cuando os hablaba no me escuchasteis; hacíais lo que es malo a mis ojos y elegíais lo que me desagradaba»*. (Is. 65, 12).

Ahora conforme a todo lo expuesto nos toca reflexionar y preguntarnos de nuevo:

Si uno se condena, ¿quién tiene la culpa?

Sabiendo que Dios nos ama y que su misericordia es infinita, no podemos echar la culpa a Dios. El sólido fundamento de nuestra esperanza de salvación es que *«Dios quiere que todos los hombres se salven...»*. (1 Tim. 2, 4).

Comentando estas palabras San Agustín, dice: *«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad.* Mas como nadie se salva sin su propia voluntad (porque tenemos libre albedrío), quiere que nosotros queramos el bien, para que queriéndolo, también Él quiera cumplir su designio».

De hecho sabemos que Dios no nos da el cielo *gratis*, pues quiere que nos esforcemos en hacer buenas obras y guardar sus mandamientos para lograrlo (2 Ped. 1, 10; Mt. 19, 17); Dios reprende por no corresponder a sus gracias (Is. 5, 4; Mt. 11, 20-21). Él nos dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna...»*. Notemos que dice: *«Si quieres»*. Luego el hombre es «libre» para obrar o no obrar. «Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado». (Eclo. 15, 18). «Ved; Yo os pongo hoy delante bendición y maldición; la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís...». (Dt. 11, 26-28).

Los que se condenan, por tanto, no es porque «no pudieran ser buenos, sino *porque no quisieron ser buenos»*. Y como dice el apóstol San Juan, los que se condenan es porque *«viniendo la luz*

al mundo, los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas». (Jn. 3, 19).

Esto nos recuerda aquella pregunta que le hicieron a un niño de la escuela: «¿Quién creó los demonios?» y él contestó rectamente: «Dios los hizo ángeles, pero ellos se hicieron demonios». Esto sucede exactamente con el hombre que se condena.

Asentados estos principios y reconociendo que muchos viven impíamente y no buscan a Dios, ni se cuidan de observar sus santas leyes y que los más van por el camino ancho de la perdición, ¿no será lógico concluir que son más los que se condenan que los que se salvan? Tema, pues, el pecador porque ha puesto muy lejos del Señor su salvación. (Sal. 119, 155); pero espere y viva confiado de que en la hora misma, que se arrepintiere de su yerro, quedarán sus iniquidades olvidadas. (Ez. 18, 22). Pongamos en Dios toda nuestra esperanza y no seremos confundidos. (Sal. 31, 2).

¿Me salvará? ¿Iré yo al cielo?

Cada uno puede hacerse estas preguntas. Es de fe que el cielo o bienaventuranza eterna existe, y que Dios la tiene preparada para aquellos que le sirven y le aman en esta vida.

Los cristianos vivimos con una firme esperanza de conseguir la vida eterna, porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido, y porque El es fiel a sus promesas y no miente. (Tito 1, 1-2).

Por tanto tú y yo podemos decir: Me salvaré e iré al cielo. Esto depende de Dios y de mí, y como está revelado que *«Dios quiere que todos los hombres se salven...»* (1 Tim. 1, 15), no podemos dudar que Él da a todos las gracias necesarias y suficientes para que se conviertan a Él y se salven, y por lo mismo el que no se salva es porque no coopera a las gracias recibidas.

El gran obstáculo para salvarnos y conseguir la felicidad eterna prometida es el pecado, pero también el gran consuelo para nosotros pecadores, es que si vivimos arrepentidos de nuestros pecados, por muchos que hayamos cometido, nos salvaremos e iremos al cielo.

Si Dios perdonó a David después de sus dos grandes pecados: el adulterio y el crimen de Urías, si perdonó también al impío Manasés después de la multitud de sus iniquidades, profanaciones y crímenes, y también a la Magdalena de la cual arrojó siete demonios y a tantos otros, ¿por qué no me va a perdonar a mí? Yo ciertamente he pecado mucho, pero tengo razones para vivir con la esperanza de ir al cielo.

He aquí las razones en las que nos podemos apoyar todos los pecadores, si arrepentidos vivimos conforme a la Ley de Dios:

1.ª porque *«ésta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna»*. (1 Jn. 2, 25).

2.ª porque Dios, sumamente misericordioso, nos ofrece el perdón, y *hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia.* (Sab. 11, 24).

3.ª porque nos dice con juramento: *«Yo no*

quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva..., y si se convirtiere de su pecado... y anduviera por el camino de mis mandamientos, no haciendo iniquidad, ciertamente vivirá y no se recordará ninguno de los pecados que cometió...» (Ez. 33, 11.16).

4.ª porque ¿a qué vino Jesucristo a la tierra? Ya dijimos que Él «vino a salvar a los pecadores», y Él mismo dijo: *«No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores»*. (Lc. 5, 32).

5.ª porque dio su vida por salvarnos. El amor de Jesucristo manifestado en su pasión a los hombres, bien merecería un capítulo largo, y hoy sólo recordaré esta expresión de San Alfonso María de Ligorio.

He aquí sus palabras:

«El pensamiento que más encendía a San Pablo en el amor de Jesucristo era considerar que no sólo murió por todos los hombres en general, sino también por él en particular. *«Me amó* —exclamaba— *y se entregó a la muerte por mí»*. (Gál. 2, 20). Esto mismo podemos decir todos nosotros, porque como asegura San Juan Crisóstomo, «Dios ama con tan entrañable amor a cada hombre en particular como a todo el universo. De suerte que si bien Jesucristo padeció por todos, yo estoy obligado a amarle como si únicamente hubiera padecido por mí.»

Es evidente que la Sagrada Escritura nos habla a cada paso del gran amor que Jesucristo nos tiene: *«Por su sangre hemos recibido la redención*

y el perdón de los pecados». Col. 1, 12). *«Jesucristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.»* (Apoc. 1, 5)...

¿Quién puede explicar la escena de un Dios ajusticiado, despreciado, escupido y abofeteado y ver que esto lo sufre por nuestros pecados? ¿Cómo es posible que el amor de Cristo llegase hasta la locura de la cruz por nosotros? Si todo esto lo hace por mí, yo no puedo dudar ni un momento de mi salvación, con tal que yo quiera salvarme.

En consecuencia

El que no se salva es «porque no quiere»; pero dirá alguno: ¿quiénes son los que «no quieren» ir al cielo? Sencillamente, los que no quitan el obstáculo de su salvación, o sea, el pecado o quebrantamiento de la Ley de Dios, los que no quieren vivir arrepentidos, los que van por el camino ancho de la perdición...

Jesucristo ya nos dijo el camino que hemos de seguir para salvarnos, que no es otro que la senda estrecha, como ya explicamos.

Después de todo lo dicho: Ved, como dije antes, el panorama que nos ofrecen los pueblos de la tierra, no sólo los paganos (los que serán juzgados por la ley natural o su conciencia: Rom. 2, 14-15), sino los cristianos en general y los que se llaman «católicos»... ¿Acaso no son muchos más los católicos «de nombre» y muy pocos los cumplidores de los mandamientos de Dios? ¿Cuántos son los que viven en gracia con relación a la

inmensa masa de pecadores? ¿Acaso no nos será lícito concluir que esto nos induce a creer que son muy pocos los que se salvarán?

Los que quieren refugiarse en el argumento de la infinita misericordia de Dios para decir que son muchos más los que se salvan, no deben olvidar que también su justicia es infinita, y que el que dice que «no quiere la muerte de los pecadores y los está esperando a penitencia», si éstos de hecho —fiados de su misericordia—, no la hacen, y en vez de convertirse siguen pecando, ¿no podrán temer y recordar que también Dios dice: *Vocavi et renuisti..., ego quoque in interitu vestro ridebo...*, y aquella expresión del profeta Oseas: *perditio tua ex te, Israel?*

Yo no veo más que, a la luz de la Biblia, si queremos salvarnos, no tenemos más camino que éste: *Si quieres* entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos», de lo contrario seríamos del número de los «réprobos». No olvidemos que los que se condenan «no es porque no pudieran ser buenos, sino *porque no quisieron ser buenos*».

¿Cómo hemos de vivir?

Estando en esta vida de paso y como peregrinos, y al reconocer que estamos destinados a la vida futura y eterna, lo propio es que vivamos con el corazón desprendido de todo lo terreno.

Dios nos dice: *«No améis el mundo ni lo que hay en el mundo... El mundo pasa y sus concupiscencias»*. (1 Jn. 15 y 17). Sabido es que *«nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él»*. (1 Tim. 6, 7), y por tanto, si hemos nacido

desnudos y desnudos partiremos de este mundo, ¿para qué tantas preocupaciones por acaparar y para qué tantos trabajos en vano si la muerte, que nos está más próxima de lo que creemos, nos despojará de todo? El verdadero rico es el que nada codicia.

San Pablo nos da esta lección de desprendimiento: *«El tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo.»* (1 Cor. 7, 29-31).

A Salomón se le atribuye este pensamiento: «Emprendí grandes obras, me construi palacios, me hice huertos y jardines... Compré siervos y siervas y tuve muchos nacidos en mi casa; tuve mucho ganado, vacas y ovejas... Amontoné plata y oro... No privé a mi corazón de placer alguno... *y vi que todo es vanidad y apacentarse del viento... («aflicción de espíritu»)* (Ecl. 2).

«Si abundan las riquezas, no apaguéis a ellas vuestro corazón.» (Sal. 62, 11).

Los hombres corren tras las riquezas; mas éstas en sí, como don de Dios, son buenas; lo que es malo es el apego a ellas y su abuso. El rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino por haber usado mal de las riquezas...

—Aprendamos a vivir. «La vida es para buscar a Dios; la muerte para encontrarle; la eternidad para disfrutar de Él. Gran desdicha para el que no sabe acertar».

El cristiano debe tener tanta confianza en la Divina Providencia que, aún cuando no pueda procurarse lo necesario para la vida, debe estar bien convencido de que nunca le ha de faltar.» (Pastor).

«Depositad en el seno de Dios todas vuestras solicitudes, porque él mismo vela por vosotros.» (1 Ped. 5, 7.

«Dejad los bienes de la tierra y recibiréis los del cielo; porque el reino de los cielos se compra con el desprendimiento.» (S. Agustín).

Sembremos para la eternidad feliz

¡Qué cosa más bella es ser constantes en la práctica del bien y sembrarlo a nuestro alrededor en todo momento! La vida presente es un lugar de preparación para la eterna, o sea, para una vida futura y mejor. ¿Por qué nos apegaremos tanto a lo que presto hemos de dejar? Dijo un filósofo antiguo: «Desnudo he venido a la luz del día, y desnudo la dejaré, ¿para qué he de sudar en vano, viendo que la muerte no me dejará nada?». (Luciano).

La brevedad de la vida debe hacernos reflexionar para trabajar en cada momento en la adquisición de la virtud, en hacer obras buenas, porque las buenas o malas que hiciéramos en esta vida serán las únicas que acompañarán nuestras almas inmortales y por ellas seremos juzgados. (Apoc. 13, 13; Rom. 2, 6).

«En comparación de los bienes eternos todo es vano, hasta los bienes temporales». (S. Greg.

M.), y por la misma razón Kempis nos dice: «Todo es vanidad fuera de amar a Dios y servirle.»

Bien merece recordar el comentario del escriturista Cornelio A. Lápide al comenzar el Eclesiastés: «Yo, el Eclesiastés, elevando mi mente hasta el cielo, y desde la altura del sol contemplando en espíritu la tierra y cuanto hacen los hombres: sus trabajos y ocupaciones, negocios y afanes, veo que son cosas vanas y de ninguna utilidad y fruto, por cuya causa me compadezco de ellos, y lleno de conmiseración clamo:

¡Oh, míseros mortales! Veo vuestras obras, vuestras fábricas, vuestras ciudades, provincias y reinos y, lo que es más, toda la tierra, que es a manera de un punto si se compara con la vasta amplitud de los cielos; os veo andar, trabajar y vivir afanados y llenos de cuidados, como las hormigas para reunir unos pocos granos y ocultarlos para los días venideros.

Os veo en esto pasar la vida. A todos, pues, y a cada uno grito: «Vanidad de vanidades y todo vanidad»: vano es todo lo que trabajáis, en vano consumís vuestras fuerzas; porque de todo vuestro trabajo nada, a no ser un poco alimento, conseguís, el cual sin trabajo tienen las aves y los animales del campo. *¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* (Mt. 16, 26).

Si el hombre trabaja únicamente para el tiempo, vano es su trabajo, siendo así que ha nacido para trabjar y vivir para la eternidad.

En consecuencia: «No busquemos honores ni riquezas, puesto que habremos de abandonarlos.

¿De qué nos servirá el día de nuestra muerte lo que hemos buscado con tanto afán? Si queremos bienes, busquemos y amemos los que hemos de poseer siempre; si tememos los males, temamos los que sufren los réprobos, que no tendrán fin.» (S. Greg. M.).

El pensamiento de la muerte

A muchos aterra el pensamiento de la muerte, pero no debiera ser así, pues sabiendo ciertamente que vamos a morir, nos es muy ventajoso este pensamiento, porque él nos enseña a ordenar bien nuestra vida, y porque el que piensa con frecuencia que ha de morir, no apega su corazón a las cosas de este mundo y aprende a hacer buen uso de sus bienes en provecho suyo y de los demás...

Séneca, filósofo pagano, dijo: «Nada os será más útil para adquirir templanza en todas las cosas, como el frecuente pensamiento de la brevedad del tiempo y su incertidumbre. En todos vuestros negocios dad una mirada a la muerte». (Epist. 13).

¿Por qué no pensar que la muerte nos acecha? En la losa de un sepulcro se leía esta inscripción: *«In hoc fallimur, quod mortem prospicimus»:* En esto nos engañamos en que miramos la muerte de lejos.

San Bernardo nos dice: «Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros.» «Es bienaventurado y prudente el que vive de tal modo, cual desea le halle Dios en la hora de la muerte.» (Kempis).

La muerte es el fin del tiempo y principio de la eternidad... La muerte es un adiós para siempre a las riquezas, a los negocios de este mundo, a las honras y placeres... Todas las cosas de esta vida si no se encaminan hacia la eterna, son vanidad. «Pasarán como sombra.» (Sab. 5, 9).

«Mientras disponemos del tiempo obremos el bien.» (Gál. 6, 10).

Aprende a vivir haciendo el bien

Para saber vivir bien, hay que aprender a morir. La muerte es fruto del pecado (Rom. 5, 12), y ahora la muerte debe ser freno o remedio del pecado. «Acuérdate de los novísimos, o sea, de tus postrimerías y no pecarás jamás» (Eclo. 7, 10).

¿Para quiénes es triste y amarga la muerte? El Espíritu Santo nos lo dice con esta expresión: «¡Oh muerte, cuan amarga es tu memoria para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonríe y en todo prospera y aún puede disfrutar de los placeres!» (Eclo. 41, 1).

El no pensar en la muerte es una locura. El Cantar popular nos lo advierte: «Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos». «*No temas el fallo de la muerte; acuérdate de los que te precedieron y de los que seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne*» (Eclo. 41, 5).

«*Cuanto bien puedas hacer, hazlo alegremen-*

te porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría» (Clo. 9, 10).

«Antes de morir haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos» (Eclo. 14, 12).

«Lo que no podemos llevar con nosotros no nos pertenece; sólo la virtud acompaña a los difuntos... Lo que tenemos aquí en la tierra lo reclaman cuantos carecen de bienes» (S. Ambrosio).

«¡Qué locura colocar vuestros tesoros en un lugar que debéis abandonar, y no enviarlos allí donde habéis de ir! Amontonad riquezas en el lugar de vuestra verdadera Patria...» (S. J. Crisóstomo). Esto lo conseguiréis haciendo el bien con las que poseéis en este mundo.

«No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt. 6, 19-21).

Piensa con frecuencia y alegría en la muerte

«No temas la sentencia de la muerte» (Eclo. 41, 5). El que vive en gracia de Dios no teme la muerte, porque ella nos abre las puertas del cielo.

«La muerte de los justos es preciosa a los ojos de Dios» (Sal. 115, 15). «El cristiano muda la vida presente por otra mejor. Con la muerte el hombre justo pasa a la inmortalidad gloriosa. La

vida es el camino por el que vamos a la muerte» (S. Basilio).

San Pablo nos dice: «*No estéis tristes como los que no tienen esperanza de la vida eterna*» (1 Tes. 4, 14 s.), y la Iglesia nos recuerda: «La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo» (Pref. Dif.).

Para el cristiano la muerte no es el término de la vida. Es el comienzo feliz de una nueva existencia. Con la muerte pasamos a la inmortalidad: no podemos llegar a la vida eterna, sin salir de esta actual, la muerte no es una muerte, es un tránsito» (S. Cipriano).

Los ejemplos de los santos ante la muerte son maravillosos:

— San Pablo decía: «Tengo ganas de ser desatado o libre de este cuerpo para estar con Cristo» (Fil. 1, 23).

— San Cipriano al oír la sentencia de muerte que contra él fulminaron, exclamó: «Doy gracias al Dios omnipotente que se digna libertarme de las cadenas del cuerpo».

— San Jerónimo exclamaba: «¡Ay, qué larga ha sido mi perigrinación! Mi alma os desea, Dios mío, como el ciervo que corre sediento a un manantial de agua viva».

— Santa Teresa de Jesús decía: «¡Oh muerte, muerte-; no sé quien te teme, pues en ti está la vida. Mas, ¿quién no te temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios?... Sírvele y espera en su misericordia».

A los pecadores que van camino de su perdición, Dios les dice: «Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más, y ora por los pecados anteriores (arrepintiéndote de ellos). Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres» (Eclo. 21, 1-3).

«El pecado es la transgresión de la Ley de Dios (1 Jn. 3, 4). (Es la raíz más honda de todos los males en la historia de los hombres. Juan Pablo II «*Dives in misericordia*».) «*No digas: He pecado, y ¿qué me ha sucedido? Porque el Señor es paciente... Y no digas: Grande es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores*» (Eclo. 5, 4-7).

«*Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios*» (Jer. 2, 19). «*El que comete el pecado es esclavo del pecado*» (Jn. 5, 14). «*La muerte de los pecadores es pésima*» (Sal. 34, 22).

El pecado mortal es el único mal, el mayor de todos, porque se opone al fin último para que hemos sido creados por Dios. «No digas: Mi pecado viene de Dios, porque El no hace lo que detesta» (Eclo. 15, 11).

Vuelve la vista a Dios y dile: «*Apiádate de mí y según la muchedumbre de tu misericordia, borra mi iniquidad*» (Sal. 51).

Nuestra patria está en el cielo

Pío XII dijo un día este bello pensamiento: «En esta tierra de lágrimas no tenemos ni ciudad

permanente (Heb. 13, 14) ni patria eterna. Todos somos en la tierra desterrados y peregrinos; nuestra patria está en el cielo, más allá del tiempo, en la eternidad, en Dios».

«Toda la Sagrada Escritura, como afirma San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad.»

En los Libros Santos, ciertamente, se nos habla a cada paso del cielo.

Veamos los siguientes textos:

— «Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo» (2 Ped. 1, 14). *Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre»* (2 Cor. 5, 1).

— Bienaventurados los pobres en el espíritu..., los que lloran..., los misericordiosos..., los que sufren..., porque de ellos es el reino de los cielos... *Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa»* (Mt. 5, 3-12).

— (Al ladrón arrepentido, le dijo Jesús): «*Hoy estarás conmigo en el paraíso*» (Lc. 23, 43).

— *¿Cómo será la felicidad del cielo?* Es indescriptible: «*Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman*» (2 Cor. 2, 9). y ¡cuántas cosas bellas hemos visto, cuánta hermosura en el firmamento, en la naturaleza, en las grandes ciudades!, y sin embargo, a pesar de tantas maravillas que hemos visto, oído y concebido, todo palidece ante la grandeza y felicidad del cielo.

— *¿Qué duración tiene la felicidad del cielo?* Una duración eterna. La Escritura lo dice así: «*Tenemos casa eterna en el cielo*» (2 Cor. 5, 1). «*Los justos irán a la vida eterna*» (Mt. 25, 46). «*Los justos vivirán eternamente y su galardón está en el Señor*» (Sab. 5, 16).

— *¿En qué consiste la vida eterna?* En la visión inmediata de Dios, sumo y absoluto bien, fuente y origen de todos los bienes. Entonces «*seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es*» (1 Jn. 3, 2).

— *¿Cómo hemos de conquistar el cielo?* Imitando a Jesucristo en esta vida, yendo como El por el camino de la cruz, de los vencimientos y de toda clase de sufrimientos. «*El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a sí mismos la arrebatan*» (Mt. 11, 12).

«*Tengo por cierto,* nos dice San Pablo, *que los padecimientos de esta vida no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*» (Rom. 8, 18).

(Dios dará el cielo a los buenos especialmente por las obras de caridad.) «*Venid, benditos de mi Padre a tomar posesión del reino que os está preparado desde la creación del mundo porque tuve hambre y me disteis de comer, desnudo y me vestisteis... Lo que hacéis a uno de estos más pobres, a mí me lo hacéis...*» (Mt. 25, 34-35).

Aspiremos al cielo

En el cielo está nuestra verdadera Patria. El Kempis resume así el pensamiento bíblico. «No

tienes aquí domicilio permanente; donde quiera que estuvieres serás extraño y peregrino y no tendrás nunca reposo si no estuvieres íntimamente unido con Cristo. ¿Qué miras aquí no siendo éste el lugar de tu descanso?»

«En los cielos debe ser tu mirada, y como de paso has de mirar todo lo terrestre. Todas las cosas pasan, y tú también con ellas. Guárdate de pegarte a ellos, porque no seas preso y perezcas.» «Pon en Dios toda tu esperanza.»

Juan Pablo II en su «Carta apostólica a los jóvenes del mundo» dice: «Pasa la apariencia de este mundo, y esto debe conducirnos a la búsqueda de cosas más grandes y duraderas: «*Buscad las cosas de arriba*»... El deseo a la perfección, a «algo más», encuentra su explícito punto de referencia en *el Evangelio*»...

— *El Hermano Rafael*, Trapense, dijo: «El cielo es nuestro anhelado y común hogar donde en torno al Padre celestial se va reuniendo toda la familia. Allí nos han precedido nuestra Madre común, la Santísima Virgen, allí está Jesús, los apóstoles, los santos, nuestros padres y amigos...».

— *Sor María Gema*, religiosa capuchina del Convento de Nava del Rey (Valladolid), que murió hace poco (22-12-84), es una de las almas extraordinarias de nuestra época, y el que lea el libro de su vida, titulado FLOR DE UN CONVENTO (el cual contiene pensamientos que elevan y arrastran a la virtud), podrá ver cómo pensaba más en la vida futura que en la presente, y cómo

sólo anhelaba sufrir y volar al cielo, y así leemos en algunas de sus cartas: «Siento muchas veces como si no estuviera en la tierra, o al menos nada de preocupación por las cosas de ella, sólo me atrae el Señor, y si continúo así (como lo espero de El) esto sólo se arregla con volar al cielo...». «No se me quitan los deseos de ser santa, y se lo pido mucho al Señor. También le pido que cuando me muera que quiero ir derecha al cielo para ver en seguida a los Tres y a la Santísima Virgen.»

Poco antes de morir le dijo a la Hermana que la atendía, que sólo aspiraba al cielo... al cielo... y poco después se quedó como dormida, y dormida se encontraría en el cielo donde despertó para continuar alabando a Dios con los ángeles por toda la eternidad.

Otra Hermana del Convento escribió a los pocos días de su muerte (y este testimonio puede leerse en el libro de su vida): «Lo más maravilloso ha sido últimamente con la firmeza, y sin ningún temor, que decía que quería ir al cielo. Las Hermanas en broma la contrariaban, y ella firme repetía con toda su alma que quería ir al cielo sin pasar por el Purgatorio».

— *Francisco, el niño de Fátima,* cuando le preguntaban qué quería ser cuando fuera mayor, contestaba: «No quiero ser nada, sólo quiero morirme e ir al cielo».

¿Qué hemos de hacer nosotros ante el ejemplo de los santos, sino imitarlos y aspirar al cielo como ellos? «La tierra, dice San Agustín, no es

más que un destierro, una cárcel; y, sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada; ¿qué será, pues, la Patria?». Y San Ignacio de Loyola exclamaba: ¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo!».

CONCLUSION

Como consecuencia de todo lo dicho diremos:

1. Es de fe que el cielo, la bienaventuranza eterna, existe, y que en él no entrará nada manchado... —ni los adúlteros, ni los ladrones, ni los blasfemos, ni los avaros... poseerán el reino de Dios (1 Cor. 6, 9-10).

2. También es de fe que por muchos y graves que sean nuestros pecados, no debemos perder la **esperanza de salvarnos, si arrepentidos** nos convertimos a Dios, pues entonces los pecados cometidos no serán recordados... (Ez. 33, 11 ss.).

«El que quiera ser feliz, encamínese presuroso al reino de los cielos. Este no está cerrado sino para aquel que quiere excluirse de él» (San Agustín).

Los justos y los pecadores ya saben a qué atenerse. Alégrense los que van por el camino estrecho que conduce al cielo, y teman los que van por el camino ancho de la perdición...

Si eres pecador, vuélvete a Dios, deja la vida de pecado, haz una sincera confesión de tus culpas (porque con ella conseguirás que tu alma quede más blanca que la nieve) y confiando en la misericordia de Dios, dile:

«Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa» (Sal. 51). Tú que perdonaste a la Magdalena y oíste la súplica del buen Ladrón, a mí también me has dado esperanza de salvación.»

Qui Mariam absolvisti
et latronem exaudisti,
mihi quoque spem dedisti.

Desde hoy piensa más en las cosas eternas del cielo que en las pasajeras de la tierra, y piensa que «hemos nacido para cosas mayores».

No he nacido para el suelo,
que es morada de dolor.
Yo he nacido para el cielo,
yo he nacido para Dios.

Palabras de San Cipriano. «Somos ciudadanos del cielo»

«Debemos pensar y meditar, hermanos muy amados, que hemos renunciado al mundo y que, mientras vivimos en él, somos como extranjeros y peregrinos.

Deseemos con ardor aquel día en que se nos asignará nuestro propio domicilio, en que se nos restituirá al paraíso y al reino, después de habernos arrancado de las ataduras que en este mundo nos retienen.

El que está lejos de su patria es natural que tenga prisa por volver a ella. Para nosotros, nuestra patria es el paraíso; allí nos espera un gran número de seres queridos, allí nos aguarda el numeroso grupo de nuestros padres, hermanos e hijos, seguros ya de su suerte, pero solícitos aún de la nuestra. Tanto para ellos como para noso-

tros, significará una gran alegría el poder llegar a su presencia y abrazarlos; la felicidad plena y sin término la hallaremos en el reino celestial, donde ya no existirá el temor a la muerte, sino la vida sin fin.

Allí está el coro celestial de los apóstoles, la multitud exultante de los profetas, la innumerable muchedumbre de los mártires, coronados por el glorioso certamen de su pasión; allí las vírgenes triunfantes, que, con el vigor de su continencia, dominaron la concupiscencia de su carne y de su cuerpo; allí los que han obtenido el premio de su misericordia, los que practicaron el bien, socorriendo a los necesitados con sus bienes, los que, obedeciendo el consejo del Señor, trasladaron su patrimonio terreno a los tesoros celestiales.

Deseemos ávidamente la compañía de todos ellos. Que Dios vea estos nuevos pensamientos, que Cristo contemple este deseo de nuestra mente y de nuestra fe, ya que tanto mayor será el premio de su amor, cuanto mayor sea nuestro deseo de él.»

INDICE

HACIA EL MAS ALLA

Valora la vida presente 5
¿Qué es la eternidad? 6
De la vida presente a la futura 9
¿Existe la vida futura? 10
¿Serán pocos los que se salven? 12
¿Ama Dios a los hombres? 15
La misericordia de Dios 19
Efectos de la bondad divina 22
Si uno se condena, ¿quién tiene la culpa? . 24
¿Me salvaré? ¿Iré yo al cielo? 26
¿Cómo hemos de vivir? 30
Sembremos para la eternidad feliz 31
El pensamiento de la muerte 33
Aprende a vivir haciendo el bien 34
Piensa con frecuencia y alegría en la muerte 36
Nuestra patria está en el cielo 38
Aspiremos al cielo 40
Conclusión 43
Somos ciudadanos del cielo 44